

Espacio publico y espacios cerrados en la Ciudad de México¹

Angela Giglia

UAM-Iztapalapa, FLACSO-México

Crisis del espacio publico y *nueva* segregación urbana

En las ultimas décadas, en muchas megaciudades del mundo², se ha hecho evidente la emergencia de una desestructuración del espacio publico que está transformando las condiciones de posibilidad de la convivencia y de la integración urbana. Las primeras reflexiones entorno al deterioro de los espacios públicos urbano se remontan a los años sesenta del siglo XX, con los trabajos ya clásicos de Jane Jacobs¹ y Richard Sennet. (Jacobs 1961; Sennet 1977). En estos como en otros

¹ Publicado en P. Ramírez Kuri (coord.), Espacio publico y reconstrucción de ciudadanía, FLACSO-Porrúa, 2003. Este texto es un resultado del Grupo Temático de Investigación sobre "Situaciones de homogeneización residencial en la Ciudad de México: tres estudios de caso sobre espacios residenciales cerrados en la Delegación Tlalpan" llevado a cabo a partir de octubre de 2000 en el marco del Programa de Fomento a La Investigación (PROFI) de la FLACSO-México, y coordinado por la autora. Una primera parte de los resultados de la investigación ha sido publicada en Giglia (2001).

² Cuando hablamos de megaciudades nos referimos, con Castells, a aglomeraciones de mas de 10 millones de habitantes, algunas de las cuales destinadas a crecer por arriba de los 20 millones en el 2010. Sin embargo, escribe Castells "el tamaño no es la cualidad que las define. Son los nodos de la economía global y concentran las funciones de dirección, producción y gestión en todo el planeta; el control de los medios de comunicación; el poder de la política real; y la capacidad simbólica de crear y difundir mensajes" (ivi, p. 437).

autores aparece la idea de una pérdida, de una “desnaturalización” de algo que algún tiempo vio mejores momentos y del que ahora sólo vemos la decadencia (Sassen 1991; Joseph 1998; Signorelli 2001). No faltan quienes prefieren hablar a secas de “fin” del espacio público (Sorkin 1992). Los caracteres más relevantes del espacio público de la ciudad moderna – la inclusión y el libre acceso, la coexistencia de funciones diversas, la aceptación de lo extraño y lo nuevo en un marco de reglas “públicas” en cuanto conocidas por todos – tienden a desaparecer o se tornan menos obvios. Las megaciudades se convierten cada vez más en conjuntos desarticulados de espacios separados, segregados, provistos de dispositivos de cierre a menudo agresivos, donde el transeúnte no puede pasar sin previa exhibición de credenciales o después de pagar el boleto de ingreso. Son espacios a menudo mono funcionales, relativamente homogéneos en cuanto a su función, y sobre todo *seguros*, en la medida en que en ellos quedan eliminados muchos de los riesgos típicos de las plazas y de las calles abiertas. Estas últimas se convierten cada vez más en una vía de tránsito exclusivamente automotriz. Así, la experiencia de la ciudad tiende a limitarse al desplazamiento en automóvil o mediante el transporte público, entre diferentes lugares cerrados. Por decirlo de una forma sintética y eficaz, siguiendo a Manuel Castells, las megaciudades se convierten en “constelaciones discontinuas de fragmentos espaciales, piezas funcionales y segmentos sociales” (Castells 1999: 438). En estas nuevas condiciones, la misma idea de *ciudad* se vuelve obsoleta, si por ciudad entendemos la síntesis de una *urbs*, en cuanto forma del asentamiento, y de una *civitas*, en cuanto comunidad provista de un gobierno propio (Choay 2000). Hoy esta perfecta superposición de *urbs* y *civitas* es inexistente en la mayoría de las ciudades del mundo, en donde al contrario las lógicas del asentamiento en el territorio y las dimensiones de las entidades de gobierno ya no coinciden, sino más

bien se entremezclan, se superponen, casi se estorban recíprocamente. Françoise Choay propone al respecto abandonar el uso del término "ciudad", y utilizar el más abstracto término de "urbano", como aglomeración de espacios fragmentados y recíprocamente segregados.

Plantear el problema en términos de "perdida" del espacio público corre el riesgo de promover una visión demasiado unilateral y pesimista, no dejando ver por una parte lo que todavía queda del espacio público moderno en muchas ciudades", y por la otra impidiendo percatarse de los indicios de una recomposición de espacios públicos en nuevos lugares³. Sin duda hay que tomar *cum grano salis* a la idea de pérdida, pero creo al mismo tiempo que no se puede negar la existencia de importantes procesos de reducción y privatización de lo público, que se insertan en los cambios sociales profundos que originan la sociedad actual. Al hablar de pérdida o de "crisis" del espacio público nos referimos a la crisis de la ciudad moderna como forma histórica ligada a un tipo específico de sociedad, la sociedad industrial del siglo XX. Una sociedad que creía en el "progreso", en la eliminación gradual de la pobreza, en la expansión indefinida del sistema económico, en la inclusión de las masas bajo el paraguas protector del estado del bienestar. En suma, se trata de una sociedad que ya no existe. En la sociedad posindustrial en la que vivimos, la pobreza creciente se considera como un elemento inevitable del paisaje social, el estado del bienestar cede el paso a la iniciativa privada, el sistema económico –aún cuando sigue expandiéndose– deja ver su fragilidad y su dependencia del sistema financiero, cuyas "lógicas" resultan imprevisibles para los mismos expertos; franjas importantes de población quedan excluidas del trabajo y del ejercicio de los derechos más elementales, mientras se

propagan nuevas formas de explotación y de esclavismo contra los seres más indefensos. Si la sociedad postindustrial es profundamente diferente con respecto a la anterior, ¿porqué el espacio urbano debería ser como antes, en la época de la sociedad industrial moderna? No quiero sostener que el espacio urbano *refleje* puntualmente los cambios sociales, creo que responde más bien a su propia lógica, la que lleva hoy día a hacer de la ciudad global una "ciudad dividida" (MollenKopf – Castells 1991).

Lo que antes era "publico" ahora ya no lo es en la misma medida: cada vez más se presenta como algo que es disponible no en la medida en que se tenga *derecho* a él, sino en la medida en que se le pueda comprar y consumir. Baste recordar que hace poco más de diez años en la Ciudad de México los *teléfonos públicos* constituían un servicio totalmente gratuito, no era necesario pagar para usarlos; luego, se volvieron utilizables solo a condición de pagar la llamada; y ahora, que casi todos los teléfonos funcionan mediante tarjeta, su uso presupone un poder adquisitivo de por lo menos treinta pesos (que es lo que cuesta la tarjeta más barata). El libre acceso a los teléfonos públicos se ha reducido, ya que su originario carácter publico ha sido sometido a criterios de rentabilidad económica y de privatización de los usos, junto con la paralela proliferación de los teléfonos celulares privados, a los cuales muchos – pero definitivamente no todos – pueden acceder. Considero que el ejemplo de los teléfonos es representativo de un proceso más general de privatización de lo publico, que hace que el acceso a la ciudad, la capacidad de usarla y de disfrutarla, sea posible cada vez más a condición de disponer del suficiente poder adquisitivo

³ Agradezco en especial sobre este punto los comentarios de Maria Ana Portal en el marco del seminario sobre Espacios publico y espacios locales, FLACSO, México 29 de enero de 2002.

para *consumir* la ciudad, y dentro de espacios que se definen por ser excluyentes y cerrados.

La hipótesis de este ensayo es que la crisis del espacio público y la creciente segregación socio-espacial remiten por una parte una *crisis de integración*, resultado de las condiciones de creciente desigualdad social y de consecuente exclusión de sectores cada vez más amplios de población (Paugam 1996) y por la otra una *crisis de identificación*, entendida como la imposibilidad de abarcar la ciudad e identificarse con ella como conjunto, de allí la necesidad de recortar pedazos dentro de los cuales reconstruir los vínculos de pertenencia y elaborar el sentido de la experiencia urbana. Por lo tanto la crisis del espacio público no es solo una crisis de la *forma urbis*, sino que es al mismo tiempo crisis de la *urbanidad* como *arte de vivir juntos* mediada por la ciudad, es decir como sociabilidad urbana (Giglia 2001).

Al hablar de segregación socioespacial nos referimos no sólo a una más estricta delimitación funcional de los espacios, sino sobre todo a la "autosegregación". Las actividades propias de la residencia, del trabajo, del ocio, del deporte, o del simple tránsito se realizan cada día más en otros tantos lugares separados, cerrados, poco penetrables para los que no puedan justificar su presencia allí, lo cual les confiere un carácter de exclusividad y de mayor seguridad, que los hace particularmente deseables. En este escenario de desigualdad y de fragmentación social y espacial, el tema de la inseguridad se torna casi omnipresente y funciona como un paraguas para promover, reforzar y volver cada vez más sofisticados los mecanismos de la segregación (Wacquant 1999).

Sin embargo, la búsqueda de la seguridad no es el único factor que permite entender el sentido de los espacios segregados y los hace proliferar. La autosegregación tiene también la función y el sentido de marcar las diferencias sociales, ya que el uso exclusivo de ciertos espacios es lo que permite distinguirse del otro, en un proceso de

construcción y fijación de la propia identidad y al mismo tiempo de defensa de intereses y estilos de vida específicos. Paradójicamente, las megaciudades no son el lugar del anonimato, ya que en ellas se multiplican los *lugares* como espacios donde encontrarse con sus pares – entre “gente como uno” - y donde verificar la propia pertenencia social en el espejo del otro. El hecho de que estos espacios se encuentren a menudo separados los unos de los otros o segregados y rodeados por espacios calificables como “tierra de nadie”, no les quita su carácter de “lugares”, en el sentido de espacios dotados de un sentido colectivo (Augé 1992), pero sí los coloca en una nueva geografía de lo urbano, en una diferente experiencia de la ciudad. En la ciudad global, “se multiplican los lugares como resultado de la multiplicación de los procesos de formación de identidad y como resultado de las acciones dirigidas a crear las potencialidades espaciales – virtualidades espaciales las definiría Gropius – para la creación de identidad” (Amendola 2000, 59). Es siempre el mismo autor quien sostiene que “la segmentación de los espacios urbanos en islas culturalmente y socialmente homogéneas es el resultado de las nuevas y difusas estrategias de diferenciación social mediante el espacio. Las áreas residenciales fortificadas, los Common Interest Districts, las prácticas de privatización de los espacios públicos y las más extremas – cercanas a la limpieza étnica - de la autosegregación fortificada son sólo los efectos finales, tal vez no deseados, de la búsqueda de la diferenciación social mediante el uso del espacio urbano” (ivi, 64).

Hace falta recordar que la autosegregación no es un proceso exclusivamente propio de las clases acomodadas. Al contrario, abarca todos los sectores sociales, aunque con diversas modalidades en cuanto a la formas y a los recursos empleados para hacer funcionar los dispositivos de segregación. Sin embargo, en las páginas que siguen abordaremos sólo una de las facetas de la autosegregación, aquella que

atañe a los sectores medios y medio altos que habitan en lo que hemos propuesto llamar “espacios residenciales cerrados” (Giglia 2001).

La casuística a escala mundial de los espacios residenciales cerrados abarca todas las principales áreas urbanizadas del planeta, según tipologías constructivas diferentes que sin embargo comparten los requisitos funcionales que hacen posible el cierre y la separación del exterior (Aguayo 2001), generando una privatización o una reducción del espacio público, evidente en el hecho de que el libre tránsito – el “ir y venir” que desde Simmel (1977) hasta nuestros días define el espacio público - es imposible en estos lugares, y sin embargo es un hecho echo que se tiende a pasar por alto, lo cual demuestra hasta que punto estos espacios y sus barreras se han vuelto “naturales” en el paisaje y en la experiencia urbana⁴.

⁴ No es superfluo recordar que como transeúntes o como automovilistas de la Ciudad de México, si pudiéramos libremente *atravesar* estos espacios, seguramente ahorraríamos tiempo y gasolina.

Los espacios residenciales cerrados en la Ciudad de México

Los espacios residenciales cerrados son una presencia consolidada en el paisaje de muchas metrópolis americanas, basta pensar en Los Angeles (Davis 1992) o en los "cottages" canadienses (Halseth 1998). En el caso de la Ciudad de México tienen antecedentes históricos famosos toda vez que reflejan una actitud de separación y protección del entorno urbano que es típica de las clases pudientes en la historia de Ciudad, es suficiente recordar la "casa-fortaleza" de la época de la colonia (Ayala Alonso 1996), que pretendía defender la población de origen española de los indios circundantes. En la actualidad, con el término de "espacios residenciales cerrados" (Giglia 2001), hacemos referencia a unidades habitacionales, condominios horizontales, calles y fraccionamientos de viviendas individuales, de sectores medio y altos, cuya característica distintiva es el hecho de estar separados del entorno por uno o más dispositivos de cierre (plumas, bardas, rejas, casetas con policías, muros, rejas electrificadas y sistemas de alarma). En los últimos años su presencia ha crecido mucho, sobre todo en la forma de condóminos horizontales edificados por constructoras privadas y en la forma de cierre de calles por parte de asociaciones de vecinos.

Como ya mencionamos en un trabajo anterior (Giglia 2001) consideramos que los espacios residenciales cerrados son el resultado de procesos socio-espaciales específicos, a partir de los cuales es posible definirlos. En particular, y en relación con lo dicho anteriormente a propósito de la segregación urbana en general, tres estrategias socio espaciales operan en su creación y reproducción. Una estrategia de búsqueda de la seguridad, una estrategia de búsqueda de la distinción con respecto al afuera y una estrategia de búsqueda de la homogeneidad sociocultural hacia adentro. Nuestra hipótesis es que la

copresencia de estas tres estrategias hace de los espacios residenciales cerrados entidades socio-espaciales específicas, en donde se establecen una sociabilidad y una visión de la ciudad y de la experiencia urbana con características propias. Como en su constitución operan las mismas estrategias socio-espaciales, consideramos que es posible compararlos entre ellos pese a sus diferencias morfológicas. Los habitantes de los conjuntos cerrados buscan estar seguros, distinguirse, y vivir rodeados de sus semejantes, para reflejarse en su forma de vida - y así no tener que cuestionar la propia. Sin embargo, la efectividad de estas estrategias no debe darse por sentada, al contrario, se trata desde nuestro punto de vista de procesos inciertos, sujetos a dificultades y contradicciones.

Para ejemplificar las diferentes formas de cierre, y sus implicaciones, nos proponemos exponer sucintamente dos casos: el primero es representado por una unidad habitacional, la Villa Olímpica; y el segundo lo constituye un fraccionamiento ecológico exclusivo, Tlalpuente. Los dos se encuentran en la Delegación Tlalpan, en el sur del Distrito Federal. Se trata de explorar en dos formas de representarse y de vivir la ciudad, de darse un lugar en ella, a partir de un abordaje - él de la antropología - que privilegia la palabra de los actores y la observación de sus prácticas sociales⁵. En particular, nos interesa comparar estos dos lugares a partir de algunas preguntas - eje para destacar: 1) la historia de la constitución de los dos sitios como lugares cerrados, y las motivaciones para residir en ellos; 2) cómo el cierre es *percibido* en los dos casos y como opera en la identificación de los

⁵ Sin embargo, concentrarse en el ámbito local no quiere decir que este último se explique por sí sólo, al contrario. La interpretación de las lógicas sociales que operan en lo local es posible sólo resituándolas dentro de un contexto que a fuerza rebasa lo local, y se sitúa a diferentes escalas (Althabe 1993).

habitantes con el lugar: 3) como el cierre *opera* en los dos casos, más allá de las representaciones de los habitantes; y 4) cuales son las relaciones con el entorno y el resto de la ciudad a partir del vivir “adentro”.

Partimos del supuesto que el cierre no es un estado de cosas fijos sino el resultado de un proceso social, y que como tal no tiene carácter definitivo, está sujeto a cambios y negociaciones. Con eso queremos cuestionar la imagen demasiado fácil de una ciudad compuestas por piezas justapuestas, para estudiar las situaciones concretas que componen esta geografía de la segregación. Otro supuesto es que los espacio residenciales cerrados no son enclaves autónomos, ni mucho menos “paraísos comunitarios”, como algunos quisieran que fueran. Algunos estudios disponibles sobre este tema en otros países latinoamericanos muestran claramente las tensiones que atraviesan estas formas del asentamiento urbano actual (Giglia 2001b). Podríamos indicar por lo menos tres ámbitos potencialmente problemáticos. El primero se refiere a como manejar la inclusión-exclusión en los dispositivos de seguridad, cuyo funcionamiento está muy lejos de ser un asunto sencillo. El segundo se refiere a las formas de “autogobierno” en el interior y a las relaciones con las autoridades locales. Y el tercero atañe a la construcción de la identificación con el espacio local, la definición del adentro y elafuera, la elaboración de una identidad local que permita al mismo tiempo redefinir la relación con lo urbano alrededor y tal vez reelaborar el concepto mismo de “ciudad”⁶.

⁶ En ambos espacios, las entrevistas realizadas abordaron los temas siguientes: el nivel socioeconómico de los habitantes, la historia del lugar, las visiones acerca del cierre y la historia del mismo, la organización vecinal interna, las relaciones con el entorno y la movilidad en el resto de la ciudad.

Villa Olímpica

La Villa Olímpica fue construida como residencia para los atletas en ocasión de las Olimpiadas de 1968. Se ubica sobre la Avenida de los Insurgentes cerca del cruce con el Anillo Periférico, en un lugar estratégico en el sur de la ciudad. Se beneficia de la proximidad de los dos principales ejes urbanos (el Periférico e Insurgentes), de tres conjuntos comerciales y recreativos de gran magnitud (Perisur, Plaza Imbursa y el más reciente Gran Sur), y de tres pulmones verdes (el bosque de Tlalpan, el Parque ecológico de Ciucuilco, la reserva de Ciudad Universitaria).

La unidad se compone de 904 departamentos casi todos del mismo tamaño (tres recamaras, estancia-comedor, servicios) distribuidos en 29 edificios, casi todos de 10 niveles. En sus orígenes la población de esta unidad se caracterizó por una relevante homogeneidad socioeconómica⁷. Así mismo, presentaba jefes de familias de alta escolaridad (profesionistas y semi-profesionistas) con esposas dedicadas a trabajar más que a quedarse en la casa (González Reyes 1991: 61 ss.). Desde los primeros años ha habido ciertos cambios en la población residente debido a que varios propietarios salieron y empezaron a rentar sus departamentos. Sin embargo para los que han ido a establecerse en su interior, la Villa ha mantenido numerosos atractivos, ligados por un lado a su carácter de unidad moderna y funcional, por el otro a su ventajosa ubicación. Las características internas de los departamentos (cuarto de servicio integrado, ductos para

⁷ En 1968 era necesario comprobar un ingreso mensual por arriba de 7000 pesos para adquirir la vivienda, más un enganche de 16.000 pesos. En 1971, el 83 % de sus habitantes pertenecía a niveles socioeconómicos medios y medio-altos, con niveles de ingresos concentrados entre los 10.000 y los 13.000 pesos de esa época.

la basura, doble elevador para cada edificio, entre otras), su exposición y tamaño, el abundante espacio para estacionamiento y las áreas verde siguen haciendo de la Villa Olímpica un espacio con elevada calidad funcional y urbana. Hoy la unidad hospeda una población de clase media intelectual y media baja. La unidad se caracteriza además por hospedar una presencia extranjera relevante, ya que ha sido lugar de llegada para muchos exiliados procedentes del cono sur y más recientemente, para familias asiáticas y del este europeo. Se encuentra totalmente bardada y posee una sola vía de entrada y salida, sobre la avenida de los Insurgentes, controlada las 24 horas por vigilantes quienes además cuidan la seguridad interior mediante rondas diurnas y nocturnas.

Para sintetizar la visión de los habitantes sobre su unidad, proponemos las palabras de una mujer intelectual quien dice: "*¿Que significa para mi Villa Olímpica? Significa haber criado aquí a mis hijos, que fue un privilegio, realmente, siempre tuvieron con quien jugar siempre tuvieron libertad siempre tuvieron seguridad*".

En pocas palabras, se mencionan aquí los que aparecen como los rasgos propios de la sociabilidad dentro de la Villa Olímpica: el poder estar acompañado de otros, la libertad y la seguridad. La conjunción de estos tres elementos hace de la Villa Olímpica un lugar "privilegiado". De hecho, muchos habitantes subrayan el carácter de la unidad como un lugar acogedor, cosmopolita, tolerante hacia las diversas categorías de personas que en ella encuentran un lugar donde vivir en paz y tranquilidad, y se mencionan a los ancianos, a los jóvenes y a los niños, que difícilmente encuentran en la ciudad las condiciones favorables que tiene la Villa para reunirse y pasar el rato. Estos y otros grupos de personas tienen "asignados" sus lugares en diferentes espacios de la geografía interior, y en el mapa mental de los habitantes. Se reconstruye así en el interior una suerte de espacio público en miniatura, a escala reducida, casi como si la unidad permitiera en el

adentro las condiciones de urbanidad que ya son imposibles en el afuera. Aún cuando hay conflictos, por ejemplo entre los vecinos en cuanto a los asuntos de la administración, existe la conciencia difusa de que se trata de enfrentamientos entre gente "civilizada", gente más culta y más respetuosa de los derechos de los demás de la que se puede encontrar en otras unidades parecidas.

Esta idea de una diferencia social y cultural entre el adentro y el afuera refuerza la imagen de una pequeña ciudad, fortificada respecto al afuera, diferenciada y agradable en su interior, una isla de urbanidad en un entorno urbano que ya poco tiene de ciudad en el sentido de sinónimo de civilidad y de libertad. La representación de este micro mundo internamente abierto a las diferencias y sociable es posible a partir de la separación con el afuera. Algunos residentes lo describen como un espacio "privado", no sólo en el sentido de diverso de la calle afuera, sino en el sentido de que se encuentra sometido a otras leyes, las leyes establecidas por los residentes, tanto con respecto a la gestión del adentro como a la administración de la frontera hacia el afuera. En suma, la idea de una diferencia entre el adentro y el afuera es muy marcada, y se basa en la existencia de una frontera espacial, que es interpretada por los residentes como una frontera social y cultural, algo que hace que el adentro posea características propias.

En el discurso de los habitantes el estado de cierre es presentado como algo que no necesita mayor aclaración. Sin embargo, si nos preguntamos ¿para quién está cerrado?, nos percatamos de que la existencia de una barrera con vigilantes, no basta de por sí sola para impedir efectivamente la entrada de extraños. Si nos preguntamos primero, ¿para quiénes no está cerrado?, podemos ver que un sinnúmero de personas transita diariamente de afuera hacia adentro - y viceversa - sin pasar por el control de los vigilantes, sobre todo si se trata de peatones con un aspecto inofensivo y de clase media. Los

vigilantes ejercen un control sólo hacia los visitantes automovilistas, quienes tienen que pararse frente a la pluma, declarar a quien visitan y dejar una identificación que les será devuelta a la salida. Sin embargo, como no existe un control estricto sobre los destinatarios de las visitas, para averiguar que sean efectivamente los que declaró el visitante, es posible entrar en coche sin realmente ir a ver a algún residente. Con eso, se hace evidente que el cierre no es 100% efectivo, como parece ser escuchando el discurso de los habitantes. Por otra parte, no se puede negar que la presencia de una barrera y de los vigilantes, sí logra crear una considerable diferencia de ambiente entre el afuera y el adentro, en la medida en que es percibida desde afuera como un elemento de disuasión bastante fuerte, lo cual reduce de antemano a los visitantes potenciales. Es esta diferencia de ambiente entre el adentro y el afuera, la que hace que una madre pueda sacar a sus hijos del departamento diciéndoles “ni me toquen, hasta la hora de la merienda” y los deje jugar libremente en la unidad en la convicción de que “no se salen, porque está cerrado”.

En cuanto a las relaciones con el entorno y con la ciudad, los habitantes se ven casi acorralados por la expansión de la mancha urbana. Muchos recuerdan la época en la que la unidad se encontraba a la orilla de la incipiente urbanización y “bastaban diez minutos para llegar desde San Ángel”. Cuando los habitantes recuerdan como era la Villa Olímpica en sus primeros años y la comparan con la situación presente, aparece la idea de cierto deterioro de la unidad, en parte debido a las dificultades en el mantenimiento de las infraestructuras comunes, en parte debido a las intervenciones y a los cambios ocurridos en su entorno inmediato. La expansión de la ciudad ha beneficiado la Villa Olímpica con la construcción a su alrededor de diversos espacios altamente valorizados, como parques y centros comerciales. Pero, por otra parte, ha generado también una impresión de invasión y de asedio.

En horas picos salir de la unidad y alcanzar una de las dos grandes arterias viales puede tomar hasta media hora en el trafico.

Tlapuente

Es un asentamiento situado a la orilla del bosque del Ajusco, sobre la vieja carretera a Cuernavaca, y consta de 160 hectáreas. En sus orígenes la viuda de un importante propietario de ex haciendas en el sur de la ciudad decidió donar a los comuneros de San Andrés un conjunto de tierras a la orilla del Ajusco. Los habitantes del pueblo las administraban bajo el régimen de "usos y costumbres", concretamente mediante arreglos entre algunas familias, quienes se las repartieron, usándolas sobre todo para producir carbón de encino. Sucesivamente, un grupo de personas de clase media alta, con experiencia en desarrollos urbanos, se interesaron en este lugar con el propósito de hacer un asentamiento de tipo ecológico. Los habitantes de San Andrés fueron vendiendo a estos señores, quienes conformaron terrenos de entre 5000 y 10000 metros cuadrados, convocando a sus amigos con la perspectiva de crear un asentamiento *sui generis*, dentro del bosque, en contacto con la naturaleza, casi una fuga de la ciudad, pero quedando a poca distancia de ella. Al opuesto de Villa Olímpica, donde el espacio estaba totalmente diseñado y completo desde la llegada de los primeros habitantes, aquí los primeros pobladores tienen que instalarse como pioneros en un espacio virgen, sin servicios ni infraestructura. "Con machete y sarakof" se ponen a colonizar un territorio hasta ese momento inviolado por el hombre. Las primeras construcciones fueron cabañas para pasar el fin de semana.

En los años ochenta, bajo la amenaza de desalojo de la zona a raíz de una importante invasión de tierras, los vecinos de Tlapuente se organizaron en una asociación y se auto-impusieron un conjunto de reglas para constituir la primera ZEDEC en el país (zona especial de desarrollo controlado). Con base en el reglamento propio de la ZEDEC,

los terrenos para construir deben de ser muy amplios porque la construcción no puede rebasar el 5 % de la superficie del lote. Los principios que inspiran el lugar son el respeto y del mantenimiento de un pedazo de naturaleza dentro de la ciudad. Por lo tanto, los terrenos tienden a ser más bien grandes y costosos. Las casas van desde los 75 hasta los 1500 metros cuadrados, pero con el reglamento actual ya no pueden rebasar los 450 mt² en un terreno de 6000 mt². La Asociación de Colonos de Tlalpuente practica un estricto control sobre quien quiera construir, para que acate las normas que rigen el lugar. Entre estas están las distancias con respecto a los caminos, la prohibición de poner rejas u otras divisiones ostentosas para delimitar la propiedad individual, el uso de colores que no contrasten con los del bosque. Por todas estas razones es un asentamiento que ha crecido relativamente poco desde que fue empezado. Actualmente se compone de 312 lotes pero sólo 161 casas, lo cual quiere decir que se ha poblado poco y lentamente.

El espacio se encuentra casi totalmente enrejado, pero subsiste una parte de perímetro donde todavía no se ha podido costear el gasto de la malla. En la entrada hay vigilantes y plumas, que pueden levantarse mediante una tarjeta magnética que poseen todos los residentes. La densidad poblacional es de 8 habitantes por hectárea, una de las tasas de poblamiento más baja de toda el área metropolitana. Aún hoy día no todos los que pueden comprar un terreno en Tlalpuente y ponerse a construir, logran efectivamente llevar a cabo su proyecto: el lugar está retirado, la conformación del suelo es empinada, el transporte de los materiales y de los escombros es más costoso. No es difícil encontrar diversas casas a medio construir y abandonadas. Además los gastos de mantenimiento son grandes, porqué incluyen el sueldo de alrededor de 20 personas, entre las que están dedicadas al mantenimiento de los caminos, a la seguridad, la

recolección de la basura, la administración, la verificación previa de los nuevos proyectos.

Sus habitantes pertenecen a los sectores altos, hay varios profesionales, banqueros, dueños de restaurantes, pilotos de avión, por un total de poco menos de 400 habitantes. Para ellos, más todavía que en el caso de Villa Olímpica, la idea de vivir en “otro lado” con respecto a la ciudad, es dominante. La motivación central para irse a vivir a Tlalpuente, fue el hecho de ir a residir en un lugar que fuera lo opuesto de la ciudad. Aún si no está lejos del centro de Tlalpan o de Perisur (15 minutos en auto), la conformación del bosque al interior del asentamiento hace indispensable el uso del automóvil para llegar a las casas, porque el terreno es muy empinado. Los habitantes destacan que es casi indispensable poseer un tercer coche, ya que si alguien se queda sólo en casa y tiene cualquier necesidad debe a fuerza salir en automóvil. Aún si ahora cuenta con todos los servicios (cables de luz y teléfono, tubería de agua) que los habitantes solventaron y pusieron con sus propios recursos, no es tan fácil tomar la decisión de ir a vivir a Tlalpuente, tanto por razones económicas como por otras. Como dicen los habitantes, hay que ser muy amantes del bosque, del silencio, de la naturaleza, si se quiere vivir en Tlalpuente, ya que no todos pueden aguantar el estar en las noches rodeados por tanta oscuridad y tan aislados de otras personas. Este mismo aislamiento se vive en el día y forma parte casi del estilo de vida propio del lugar. Algunos mencionan una suerte de “síndrome de Tlalpuente” que consiste en quedarse en casa y no querer salir, como si la atmósfera del bosque atrapara a sus habitantes impidiéndoles alejarse. *Los terrenos son tan grandes que jamás te ves.* Los contactos entre los habitantes existen, por supuesto, y se dan sobre todo durante los fines de semanas, cuando muchos salen a correr o van a la misa en la capilla que algunos de ellos hicieron construir con la idea que fuera un punto de encuentro. Y también

durante la semana, cuando algunos bajan a las oficinas de la administración a preguntar como van las cosas, a pedir informes sobre el estado de los servicios (por ejemplo los arreglos a las líneas telefónicas, que tienden a descomponerse), de los gastos, considerando a la administración como algo más que una mera función burocrática, más bien un elemento vital para la supervivencia del conjunto.

En cuanto a sus relaciones con el entorno, en los últimos años los habitantes han tenido que luchar contra quienes quisieran eliminar parte del bosque para hacer desarrollos de casas en condominios o departamentos. Pese al estar constituidos como ZEDEC, el riesgo de perder partes del territorio verde existe, y es lo que ha tenido unidos a los habitantes hasta este momento. Al defender y preservar el bosque están obviamente defendiendo y preservando su estilo de vida, su aislamiento, su aire, sus propiedades. Es por eso que una de las tareas más absorbente para la administración es la lucha contra la plaga que ha acabado con muchos albos y que tiene al bosque gravemente enfermo desde algunos años. El cuidado de los albos que se encuentran afectados y las medidas para evitar la propagación del contagio implican un control estricto – casi metro por metro – sobre un territorio muy amplio, que sólo se puede realizar si existe una sensibilidad ecológica por parte de los residentes. La leña de los albos muertos no puede usarse sin previamente ser fumigada, lo cual implica todo un sistema de monitoreo, recolección, almacenamiento, que no es fácil llevar a cabo con regularidad y eficacia. En suma, vivir en el bosque implica asumir ciertas responsabilidades y llevar ciertas cargas, no es sólo y sencillamente un privilegio para pocos.

A las amenazas especulativas y a los problemas ecológicos hay que añadir las relaciones contradictorias con los habitantes del pueblo de san Andrés, quienes consideran que los colonos les quitaron “sus” tierras. *Los del pueblo de San Andrés non nos quieren porque hemos*

podido conservar algo que ellos perdieron y que hoy envidian. Por otra parte, las relaciones entre ambas partes son inevitables y bastante asiduas en la medida en que la gente del pueblo trabaja en calidad de sirvienta, albañiles o jardineros en las casas de los colonos de Tlalpuente. La visión que los colonos tienen de los pueblerinos no está exenta de prejuicios y exageraciones, como cuando sostienen que los habitantes de San Andrés son capaces de gastarse una fortuna para la fiesta del santo patrono, hasta el punto que han vendido baratas sus tierras cuando han estado necesitados de dinero para solventar los gastos de una mayordomía. Por otra parte, justo algunos de los habitantes del pueblo que poseen lotes en Tlalpuente, se encuentran entre los que quisieran cambiar el uso de suelo para vender y/o construir desarrollos densos, a lo que los colonos de Tlalpuente se oponen.

Comparación y consideraciones finales

Si retomamos las preguntas - eje elegidas para la comparación de los dos espacios, se destaca que pese a sus diferencias socioeconómicas, morfológicas, y en los dispositivos de cierre, ambos asentamientos presentan ciertos rasgos comunes en cuanto a la manera como sus habitantes se auto-representan y a como conciben su relación con el exterior.

En cuanto al primer punto, el de la historia de la constitución de los dos sitios como lugares cerrados, y las motivaciones para residir en ellos, en ambos casos la elección del lugar fue motivada por el anhelo de algo diferente con respecto a la ciudad, pero en dos sentidos distintos: en el caso de Villa Olímpica el ir a vivir en un conjunto moderno, funcional, verde, tranquilo, ordenado, bien ubicado. En el otro, es el ir a vivir en el bosque, lejos de la ciudad, la emoción del contacto con la naturaleza, el aislamiento, el silencio. Se trata de dos formas, la segunda más radical, la primera tal vez más "realista", de rechazo a la ciudad vista como caos, contaminación, bullicio, y obviamente inseguridad. Las narrativas de los habitantes enfatizan sobre todo lo especial de su lugar de residencia, su ser diferente con respecto la resto de la ciudad. La estrategia socioespacial que definimos como "búsqueda de la distinción" parece ser predominante en las motivaciones que llevaron a la elección del lugar.

En cuanto al segundo eje de comparación, esto es, cómo el cierre *es percibido* en los dos casos y como opera en la identificación de los habitantes con el lugar, hay que decir que en ambos casos el estar cerrados tiende a ser considerado como un hecho, algo que no merece mayores aclaraciones. El dar el cierre por descontado es lo que permite establecer la diferencia con el afuera y estructurar un discurso entorno a

la identidad del adentro, en cuanto a las características específicas del espacio y de sus habitantes. La barrera física permite – o por lo menos ayuda para – pensar la frontera social. El adentro se concibe como un mundo a parte, diferente del resto de la ciudad. En el caso de Villa Olímpica se le define como un espacio “privado” en el que rige una sociabilidad diferente, que hace posible la coexistencia de sujetos diferentes en un estado de respeto mutuo. En el caso de Tlalpuente se destacan el común amor al bosque y a la naturaleza, y las relaciones a menudo problemáticas con el entorno y con los poderes que amenazan la existencia del lugar.

Tercero, si pasamos a ver como el cierre *opera* en los dos casos, más allá de las representaciones de los habitantes, nos percatamos de que en ninguno de los dos casos se trata de un cierre 100% efectivo. Más bien, lo que consiguen los dispositivos de seguridad es disminuir – esto sí notablemente – la probabilidad de que ingresen sujetos “indeseables”, pero de ninguna manera logran impedirlo del todo. Los peatones de buen aspecto pueden entrar en villa Olímpica y esporádicos invasores llegan a establecer sus casitas improvisadas adentro de Tlalpuente, tal vez sin tener una clara idea de estar pisando “tierra ajena” o tal vez considerando que se trata más bien de una tierra perteneciente a la comunidad.

Cabe preguntarse hasta donde estas formas del “habitar securizado” logran resolver lo que es su principal objetivo explícito, la búsqueda de la seguridad. Si los miramos desde afuera los dos espacios parecen casi impenetrables, pero cuando acercamos la mirada hasta verlos desde adentro nos damos cuenta de que se trata de lugares “porosos”, por lo menos parcialmente. Todavía estamos lejos de las Gated Communities norteamericanas, con policías armados y dispuestos a disparar contra los desconocidos, pero tal vez este tipo de situaciones existen en la ciudad de México, se trata sólo de buscarlas en sectores

todavía más altos. Hay que notar también el valor simbólico que posee la representación de la seguridad. En la medida en que esta última es el presupuesto para poderse distinguir y al mismo tiempo hablar del adentro como de un "nosotros", la consideración de su eficacia concreta (¿qué quiere decir "seguro"?) pasa en segundo lugar. Es como si se dejara de vigilar sobre la vigilancia, dando por sentado que – cuando menos – adentro es *más* seguro que afuera, lo cual sin duda ya es mucho, aún cuando está lejos de ser "totalmente seguro".

El hecho de que haya sujetos que escapan al control o que no pasan por él, aún pudiendo ser perfectamente inofensivos, refuerza la idea de que la eficacia del dispositivo de seguridad se basa más en *disminuir* – que en eliminar – las probabilidades de ingresos no deseados. Además el concreto funcionamiento de los dispositivos pone de manifiesto un tema crucial, que habrá que investigar en otro trabajo: él tema de como se construye y se reproduce la imagen del sujeto indeseable, del que "no puede entrar" y de como esta representación actúa concretamente en el comportamiento de los responsables de la seguridad. Porque es evidente que las valoraciones entorno a quien no puede entrar responden a visiones y a estereotipos culturales.

Cuarto, si vemos cuales son las relaciones con el entorno y el resto de la ciudad a partir del vivir "adentro", podemos constatar que en ambos caso existe la idea – fundamentada en hechos – de una invasión o agresión desde el afuera, que es una amenaza para la supervivencia del adentro. En el caso de la Villa Olímpica se destaca que "resistió" al paso del tiempo, y pese a todo "se defiende", no se ha dejado ir a la deriva como ha pasado en otras unidades. El tema de la difícil salvaguarda de cierto decoro en el interior, se liga con el de los cambios en el entorno. Mientras la ciudad se ha vuelto más caótica, más insegura, más abrumadora, Villa Olímpica ha logrado constituirse en un baluarte a estos procesos. En el caso de Tlalpuente, se trata de una

relación con el exterior que desde el comienzo se caracteriza por ser *sui generis*. Los habitantes de Villa Olímpica llegaron a una unidad funcional, provista de infraestructuras y servicios (la piscina, el cine, la tiendita) que poco a poco fue perdiendo su razón de ser, vista la llegadas de grandes espacios comerciales a su alrededor. Al contrario, en el caso de Tlalpuente, todo lo relativo con la creación de la infraestructura urbana (camino, drenajes, fosas sépticas) y de los servicios más elementales (luz, agua, teléfono) estuvo a cargo de los habitantes. En sus relaciones con las diferentes compañías de luz, del teléfono, etc., su relación es desde un principio la de clientes que contratan una prestación, no la de ciudadanos que exigen el cumplimiento de un derecho, el derecho a vivir en un espacio "urbanizado", a cambio del pago de impuestos. Cuando los habitantes se oponen a otros usos del bosque, lo hacen con base en este derecho sobre el espacio que se han ganado a pulso, por haberlo vuelto habitable desde lo más elemental.

En los dos casos, tanto frente a las amenazas externas como frente a los problemas de todos los días, el riesgo es que los habitantes se encuentren obligados a resolver sus propios asuntos por su cuenta, con sus propios recursos. Y no se trata sólo de tendencias separatistas por parte de los vecinos, existe una tendencia en la misma dirección por parte de los poderes locales, quienes siempre menos se hacen responsables del mantenimiento y de la gestión del espacio del "adentro" definido por el cierre, o del llamado espacio condominal, definido por la ley de condominio (Giglia 1998). No estamos muy lejos de una imagen de lo urbano como de un espacio "re-feudalizado", compuesto por ciudadelas fortificadas y auto gobernadas.

Es importante subrayar que estos espacios no son en lo más mínimo "comunidades armónicas", de individuos que se diluyen en el grupo y donde los valores comunes se construyen ritualmente.

Preferimos denominarlas "colectividades", donde no todos comparten las mismas visiones y los mismos estilos de vidas, donde los conflictos internos existen y son a veces fuertes, pese a que los habitantes tiendan a matizarlos o a pasarlos por alto en su discurso frente al investigador, quien es visto - justamente - como parte del "afuera". La existencia de conflictos se hace patente sobre todo en la dinámica interna, mientras que en sus relaciones con el afuera tienden a concebirse como entidades separadas, que quieren y pueden auto-determinarse, por lo menos en lo que se refiere a los asuntos relativos a los espacios comunes, a la selección de los nuevos habitantes, a las formas de convivencia del adentro. Si por una parte los espacios residenciales cerrados implican fragmentación y división socioespacial, por la otra en su interior se reproducen espacios públicos de escala reducida, donde se toman decisiones y se concilian intereses diversos. Aún si se limita a lo que es propio del adentro, el ejercicio obligatorio del autogobierno hace de estos lugares observatorios privilegiados para estudiar la incipiente constitución de nuevas formas de participación ciudadana y tal vez de recomposición del ámbito público, bajo nuevos principios, como cuando los habitantes de Tlalpuente se hacen cargo del bosque que "les pertenece" y que al mismo tiempo, viéndolo bien, es parte del patrimonio universal, de los que habitamos este planeta.

En su relación con el resto de la ciudad, los habitantes de los dos espacios parecen adoptar estrategias de desplazamiento diferentes y selectivas. La forma como se organiza la movilidad hacia la ciudad, nos presenta una diferenciación entre los lugares rutinarios, del trabajo, de las compras, de los servicios para la casa (lavandería, banco, oficina de correo, supermercado, gimnasio, etc.) que tienden a concentrarse en un

radio cercano a la vivienda⁸. Y los lugares frecuentados más esporádicamente, ligados a los gustos, a los estilos de vida, a las redes de sociabilidad o a la familia y el parentesco: estos lugares, visitados los fines de semanas o de vez en cuando, cubren un radio mucho mayor, configurando mapas de la sociabilidad que abarcan toda el área metropolitana y se extienden al nivel nacional e internacional.

No faltan los que reducen su vida a un espacio circunscrito, limitando sus desplazamientos a lo más mínimo. En Villa Olímpica esto se debe más al miedo a la inseguridad y a la ciudad en general. Mientras que en Tlalpuente esta reducción de la movilidad parece tener que ver con razones más específicas del lugar, como su lejanía respecto al resto de la ciudad, su ubicación retirada y el uso obligatorio del coche para salir. El ámbito espacial de la proximidad es todavía importante para definir la vida cotidiana, en contra tendencia con quienes sostienen que en la ciudad posmoderna "la proximidad pierde su valor y deja el paso a otras formas de identificación basadas no en el espacio residencial, sino en la movilidad espacial: en donde se compra, en donde se transcurre el tiempo libre, donde van los niños a la escuela se constituyen en otros tantos elementos que contribuyen a construir las nuevas identidades, cambiantes e indeterminadas, pero no por eso menos fuertes, de la ciudad contemporánea" (Amendola 2000, 61). En la Ciudad de México, probablemente a causa de sus enormes dimensiones y de las condiciones de la vialidad, la proximidad sigue teniendo cierta importancia. En el caso de los espacios examinados aquí, pareciera existir una dimensión de la proximidad, relativa a las rutinas de lo cotidiano y que puede generar cierta identificación con lo local; y otra

⁸ Un discurso aparte merece la elección de la escuela para los hijos: en la medida en que refleja principios y valores complejos, puede situarse fuera del ámbito de la proximidad.

dimensión mucho más amplia, que dibuja una geografía de espacios cargados de signos distinción, donde construir la identificación a partir de la homogeneización de las practicas (el centro comercial para el consumo, el club para el esparcimiento, etc.) en lugares frecuentados por "gente como uno".

Para concluir, si por una parte es cierto que la segregación y la fragmentación socioespacial le restan "calidad urbana" a la ciudad, en la medida en que, como Jane Jacobs demostró magistralmente desde hace cuarenta años, la calidad procede de la pluralidad de funciones y significados asociados a un mismo espacio (Jacobs 1961); por otra parte en lo que se refiere en particular a la autosegregación residencial, sería reductivo mirar a los espacios cerrados sólo con los lentes de la desintegración urbana o de la reducción de lo publico, ya en ellos – como intentamos mostrar – se están gestando nuevas formas de vivir y pensar la ciudad.

Referencias bibliográficas

Ayala Alonso 1996, *La casa de la Ciudad de México Evolución y transformaciones*, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, México, D.F.

Marc Augé 1992, *Nos lieux. Introducción a une anthropologie de la surmodernité*, Editions du Seuil, París.

Etienne Balibar 1998, *Droit de cité. Culture et politique en démocratie*, L'aube, Paris.

Giandomenico Amendola 1997, *La città postmoderna*, Laterza, Bari.

Teresa P. R. Caldeira 1999, *Fortified enclaves: the New Urban Segregation*, en Setha M. Low, *Theorizing the City. The New Urban Anthropology Reader*, Rutgers University Press, New Brunswick, New Jersey and London.

Angela Giglia 1998, *Vecinos e instituciones. Cultura ciudadana y gestión del espacio compartido*, en Nestor García Canclini, *Cultura y comunicación en la ciudad de México*, Grijalbo-UAM, México.

Angela Giglia 2000, *Los espacios residenciales cerrados. El caso de la Villa Olímpica*, en María Ana Portal Ariosa, *Vivir la diversidad*, UAM-CONACYT, México D.F.

Angela Giglia 2001, *Sociabilidad y megaciudades*, Estudios Sociológicos, El Colegio de México, septiembre- diciembre 2000.

Angela Giglia 2001 (coord.), *La Nueva segregación urbana*, numero nomografico, Perfiles latino americanos, FLACSO-México, n.19, diciembre de 2001.

Giandomenico Amendola (ed.) 2000, *Scenari della città nel futuro prossimo venturo*, Laterza, Bari.

Francoise Choay 2000, *Cinque tesi polemiche sulla problemática urbana del XXI secolo*, en Amendola (ed.) cit.

Peter Hall 2000, *Il futuro della città europea*, en Amendola G. (ed.) *Scenari della città nel futuro prossimo venturo*, Laterza, Bari.

Greg Halseth 1998, *Cottage country in Transition. A Social Geography of Change and Contention in the Rural-Recreational Countryside*, McGill Queen's University Press, Quebec.

John Mollenkopf – Manuel Castells 1991, *Dual city. Restructuring New York*, Russel Sage Foundation, Nueva York.

Jane Jacobs 1961, *The Death and Life of Great American Cities*, Vintage Books, New York.

Rosa Maria Rubalcava Martha Schteingart 2000, *Segregación socioespacial*, en Gustavo Garza (comp.) *La Ciudad de México en el fin del segundo milenio*, El Colegio de México – Gobierno del Distrito federal, México. D.F.

Amalia Signorelli, *Redefinir lo publico desde la ciudad*, ponencia presentada al simposio "Reabrir espacios públicos", 25-27 septiembre 2001, miméo.

Yolanda Salas 2001, *Morir para vivir. La (in) certidumbre del espacio (in)civilizado*, en Daniel Mato (comp.) *Estudios latinoamericanos sobre cultura y transformaciones sociales en tiempos de globalización*, CLACSO (Consejo Latino Americano de Ciencias Sociales)

Miriam Soza 1999, *Habitar en calles cerradas*, Tesis de maestría, FLACSO-Costa Rica.

Richard Sennet 1977, *The fall of Public man*, W.W. Norton & Company, New York.

Saskia Sassen 1991 *The Global City : New York, London, Tokio*, Princeton University Press, Princeton N.Y.

Isaac Joseph 1998, *La ville sans qualités*, Editions de l'Aube, Paris.

Ana Luz Gonzalez Reyes 1991, *La familia y la unidad habitacional. Un estudio exploratorio de unidades habitacionales*, Tesis de Licenciatura, Universidad Iberoamericana, mimeo.

Michael Sorkin (ed.) 1992, *Variation on a Theme park. The New American City and the End of Public Space*, Hill and Wang, New York.

Loïc Wacquant 2000, *Tolleranza zero*, Feltrinelli, Milán, ed or. *Les prisons de la misère*, 1999, Editions Raisons d'agir, Paris.